

SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

6 de junio de 2021

- **Éx 24, 3-8.** Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha concertado con vosotros.
- **Sal 115. R.** Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor.
- **Heb 9, 11-15.** La sangre de Cristo podrá purificar nuestra conciencia.
- **Mc 14, 12-16. 22-26.** Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre.

El primer día de los Ácidos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?».

Él envió a dos discípulos diciéndoles: «Id a la ciudad, os saldrá al paso un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y en la casa adonde entre, decidle al dueño: “El Maestro pregunta: ¿Cuál es la habitación donde voy a comer la Pascua con mis discípulos?”. Os enseñará una habitación grande en el piso de arriba, acondicionada y dispuesta. Preparádnosla allí».

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la Pascua.

Mientras comían, tomó pan y, pronunciando la bendición, lo partió y se lo dio diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias, se lo dio y todos bebieron. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos. En verdad os digo que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios».

Después de cantar el himno, salieron para el monte de los Olivos.

(Marcos 14, 12-16. 22-26)

1. Desde la Palabra de Dios

Celebrar esta fiesta de Corpus es renovar la Alianza de amor con el Señor; hacer memoria y memorial de su entrega y de su compromiso de amor; renovar nuestra actitud de vivir el mandamiento del amor; comulgar con Cristo en su entrega y comulgar con el hermano en amor y justicia.

En la cena pascual, que conmemoraba la Alianza de Dios con su pueblo en el Sinaí, Jesús quiere realizar la nueva y eterna Alianza, la total, la definitiva, de Dios con todos los humanos. Jesús se entrega por amor y voluntariamente al plan de Dios, antes de que Judas le entregara por traición. Jesús se ofrece en sacrificio como el verdadero Cordero que quita el pecado del mundo.

En la Cena pascual, que celebra la Liturgia de la Iglesia, celebramos el encuentro de salvación de Jesús y nosotros, para que la vida del Resucitado transforme nuestra existencia. El Pan que nos regala y distribuye Jesús, es el Pan de nuestra vida que lo hemos de compartir con los hermanos, en la mesa fraternal.

En la Cena pascual, que actualiza la Liturgia, Jesús se consagra y se entrega con la Iglesia, Cuerpo Místico, para que sus discípulos quedemos consagrados en Él mismo, y en nuestra vida brille la luz del Resucitado. En la Cena pascual, que la Liturgia celebra, el Pan se parte, se reparte y se comparte. Que seamos para los demás el Pan repartido y compartido y así crezcamos en fraternidad y en comunidad.

Jesús se entrega totalmente. Lo hizo en su vida mortal... hasta la muerte. Lo sigue haciendo en todo tiempo y lugar y a cada persona. La Eucaristía es Él mismo, entregado en forma de pan.

Jesús en la Eucaristía es nuestro alimento total, porque Él se encarna en nosotros para que vivamos

en Él. Mejor, Él viva en nosotros. Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gal 2, 20).

Recordemos que San Juan omite el relato de la Institución de la Eucaristía, pero su capítulo 6 nos ofrece toda una reflexión sobre su significado:

- Para recibir a Jesús como Pan que da la vida (Jn 6, 51), hay que tener hambre. Sentir la necesidad de alimentarse de este Pan. Sentir hambre y sed de justicia para atender a los que carecen de pan como alimento corporal y amor como alimento psicológico.
- Para recibir a Jesús como Pan que baja del cielo, hay que adherirse a Jesús por la fe. Porque el que come de este pan vivirá para siempre (Jn 6, 51).
- Para comulgar a Jesús como Pan que da la vida, hay que seguir a Jesús por el desierto y renunciar a otras hambres desordenadas. Ellos murieron, pero el que coma de este pan, vivirá para siempre (Jn 6, 58).
- Para identificarse con este Pan, hay que estar con Jesús en todo momento y afirmar con Pedro: Señor, ¿a dónde iremos? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6, 68).
- Para vivir con Jesús, hay que comer de este Pan. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día (Jn 6, 54).
- Para llegar a ser uno con Jesús, hay que creer en sus palabras. Porque las palabras que os he dicho son espíritu y vida (Jn 6, 63).

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy en muchos países, entre ellos Italia, se celebra la solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo o, según la expresión latina más conocida, la solemnidad del Corpus Domini. El Evangelio nos trae las palabras de Jesús, pronunciadas en la Última Cena

con sus discípulos: «Tomad, este es mi cuerpo». Y después: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos» (Marcos, 14, 22-24)

Precisamente en la fuerza de ese testamento de amor, la comunidad cristiana se reúne cada domingo y cada día, en torno a la eucaristía, sacramento del sacrificio redentor de Cristo. Y atraídos por su presencia real, los cristianos lo adoran y lo contemplan a través del humilde signo del pan convertido en su Cuerpo. Cada vez que celebramos la eucaristía, a través de este Sacramento sobrio y al mismo tiempo solemne, experimentamos la Nueva Alianza, que realiza en plenitud la comunión entre Dios y nosotros. Y como participantes de esta Alianza, nosotros, aunque pequeños y pobres, colaboramos en la edificación de la historia, como quiere Dios. Por eso, toda celebración eucarística a la vez que constituye un acto de culto público a Dios, recuerda la vida y hechos concretos de nuestra existencia. Mientras nos nutrimos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos asimilamos a Él, recibimos en nosotros su amor, no para retenerlo celosamente, sino para compartirlo con los demás. Esta lógica está inscrita en la eucaristía, recibimos su amor en nosotros y lo compartimos con los demás. Esta es la lógica eucarística. En ella, de hecho, contemplamos a Jesús como pan partido y donado, sangre derramada por nuestra salvación. Es una presencia que, como un fuego, quema en nosotros las actitudes egoístas, nos purifica de la tendencia a dar sólo cuando hemos recibido, y enciende el deseo de hacernos, también nosotros, en unión con Jesús, pan partido y sangre derramada por los hermanos.

Por lo tanto, la fiesta del Corpus Domini es un misterio de atracción y de transformación en Él. Y es escuela de amor concreto, paciente y sacrificado, como Jesús en la cruz. Nos enseña a ser más acogedores y disponibles con quienes están en

búsqueda de comprensión, ayuda, aliento y están marginados y solos. La presencia de Jesús vivo en la eucaristía es como una puerta, una puerta abierta entre el templo y el camino, entre la fe y la historia, entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre. Expresión de la piedad eucarística popular son las procesiones con el Santísimo Sacramento, que en la solemnidad de hoy se llevan a cabo en muchos países. También yo, esta tarde, en Ostia —como lo hizo el beato Pablo VI hace 50 años— celebraré la misa, a la que seguirá la procesión con el Santísimo Sacramento. Os invito a participar a todos, también espiritualmente, a través de la radio y la televisión. Que la Virgen nos acompañe en este día.

(Papa Francisco. Angelus, 03/06/2018)

3. Desde el fondo del alma

Oveja perdida, ven
sobre mis hombros, que hoy
no sólo tu pastor soy,
sino tu pasto también.

Por descubrirte mejor
cuando balabas perdida,
dejé en un árbol la vida
donde me subió el amor;
si prenda quieres mayor,
mis obras hoy te la den.

Pasto, al fin, hoy tuyo hecho,
¿cuál dará mayor asombro,
al traerte yo en el hombro
o al traerme tú en el pecho?
Prenda son de amor estrecho
que aún los más ciegos las ven.